

CINCUENTA AÑOS

Ángel Gavidia Ruiz*

Cincuenta años es una buena edad para evaluar la vida de los hombres con la certeza que el tramo que les falta ha de ser más ligero y, seguramente, consecuencia de lo ya caminado. Y es que la vida de los hombres es corta en relación a la de las instituciones hechas para perdurar. Sin embargo, aun para ellas, cincuenta años es un hito memorable. Más aún si llegar hasta esta parte del camino ha requerido pasar la posta a manos diferentes y en tiempos diferentes, muchos de ellos difíciles.

En el caso de nuestra facultad, varias generaciones han tenido que asumir la responsabilidad de conducirla; obviamente, con logros y fracasos como suelen ser las acciones humanas cuando se las analiza con ojos fidedignos. Y es que en un aniversario tan importante como éste hay la tentación de llenarnos de elogios, de minimizar los errores, de resaltar los éxitos. Pero es nuestro deber la mirada objetiva, la reflexión ponderada, la suprema exigencia frente al descomunal reto que significa una facultad de medicina en un país como el Perú.

Por otra parte, como se ha dicho muchas veces, la universidad no es una isla en el devenir histórico del país; y nuestra facultad fue tocada, también, por los ramalazos de las sucesivas crisis que vivió nuestra patria con los «vicios y dolores» que éstas acarrearán. Pero no obstante aquello esperamos que el material humano que la conforma, comenzando por el alumnado que año a año arriba a nuestras aulas con su equipaje de inquietudes, valores, esperanzas y su enorme capacidad de entrega, sabrá llevarla por mejores y más auspiciosos caminos.

Vivimos tiempos de cambios. El mundo «globalizado y electrónico» que se abre con insospechadas potencialidades en este nuevo siglo, es, también, el mundo del calentamiento global; de la irracionalidad consumista; de la miopía cortoplacista de nuestros gobernantes capaces de sacrificar, sin el mínimo rubor, calidad ambiental por «inversión»; es el mundo de las enfermedades emergentes, muchas de ellas producidas por vectores que, posiblemente por el cambio climático entre otras causas, están extravasando su hábitat natural para poblar nuevas y más extensas áreas; en fin, es el

mundo de la desigualdad con todo lo que ello significa en términos de salud y dignidad humana. Y para actuar en este mundo, para hacer de él un mundo más vivible, para inyectarle dosis de impostergable racionalidad, debemos formar a nuestros estudiantes, debemos formarnos a nosotros mismos; porque, como sostiene un viejo y querido profesor. «*La universidad no prepara a la gente para obsequiarle un diploma, prepara ciudadanos con responsabilidad política. El hombre del que hablo no se reduce a la estricta acepción que puede ofrecer el diccionario a nuestra curiosidad lexicográfica. Este ciudadano al que aludo es una realidad concreta hecha de sentimiento y de pasión, de espuma incandescente, sobre la que puede actuar el poderoso impulso que hace avanzar a la ciencia y progresar a la humanidad*» (1).

Pero es bueno en estas fechas tornar a los orígenes y el nuestro no podía ser más estimulante. Aún nos sorprende las duras circunstancias en las que se firmó el decreto de fundación de la Universidad Nacional de Trujillo: Bolívar y Sánchez Carrión, abocados a la gravísima tarea de preparar la campaña de la independencia que incluía «*improvisar elementos y recursos sacando hasta plata de las iglesias y los clavos de los portones de las casas de Trujillo y de la sierra norte*», se dan tiempo para pensar en la educación del hombre nuevo, del hombre de la República, y firman este documento histórico el 10 de mayo de 1824, no en una accesible ciudad de la costa si no en las agrestes alturas de Huamachuco ¡Todo un símbolo! (2,3). Ciento treinta y tres años después, un 29 de diciembre de 1957, el Dr. Heraclio Olguín Pinillos, director académico de la novísima facultad, dirigiéndose a los estudiantes en la ceremonia de inauguración del edificio destinado para ser nuestra sede, diría: «*A partir de hoy, ésta será vuestra casa; al pisar sus umbrales recuerden que deben honrarla. Su prestigio dependerá de lo que dentro de ella se haga. El destino nos ha brindado una magnífica oportunidad para hacer las cosas en la mejor forma*» (4). Claro que los antecedentes de una entidad formadora de médicos en nuestra universidad se remontan a 1831 cuando se aprueba el «Plan de Cátedras» considerando entre ellas la de Medicina. Cuatro años después, se tuvo al único egresado, el Sr. José Ramón Manzo quien rindió su último examen el 10 de octubre de 1834 (5,6). Pero, como dice el maestro Luis Jaime Cisneros, «*la universidad no es una ley que la proclama, ni el reglamento*

que lo organiza si no el trabajo evidente y claramente científico que realizan quienes la integran, profesores y estudiantes. Que eso es cierto lo testimonian aquellas instituciones de educación superior que han podido salvarse de la rutina, y que se han sobrepuesto a deficiencias de estructura, a breves o prolongadas crisis económicas, y que han logrado triunfar sobre leyes, reglamentos y catálogos» (6). En estos términos, nuestra facultad, comienza a andar hace 50 años.

En el medio siglo de existencia, como decíamos líneas arriba, han habido periodos de brillantez pero también de opaco desempeño. Queremos resaltar a la primera promoción de la facultad que por su mística y sus logros se convirtió rápidamente en una suerte de ejemplo y faro orientador. Queremos, igualmente, agradecer a los maestros a quienes este título les calza bien y sin esfuerzo. Y también queremos expresarle un reconocimiento a aquellos alumnos y egresados que se desempeñan en los más diversos ámbitos en los que les ha colocado la vida, con honestidad, sabiduría y nobleza, aun cuando permanezcan ocultos o silenciados por el bullicio del momento o porque los beneficiarios de su esforzada tarea fueron o son los excluidos del país que, por desgracia, tampoco tienen voz.

A los viejos maestros, queremos rendirle un homenaje especial publicando en esta edición los trabajos de algunos de ellos que significaron un real aporte al conocimiento médico de la época. Sabemos que es una muestra insuficiente pero es al fin y al cabo un excelente botón de muestra. Deseamos que esa sección sea visitada por los estudiantes y profesores actualmente en ejercicio. Sentirán, como hemos sentido nosotros, la angustiosa responsabilidad de emularlos. Más aún, si como dice Cisneros, *para la universidad, su historia está siempre en el porvenir.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Cisneros J. La aventura del conocimiento. Disponible en: http://www.larepublica.com.pe/component?option=com_content/task/view/id,183245/Itemid,0/ (Fecha de acceso: 1 de febrero del 2008)
2. Basadre J. Historia de la República del Perú 1822-1933. Tomo 1 8° edición. Lima: La República Publicaciones. p.44-45.
3. Robles E. Desarrollo histórico de la Facultad de Educación de la Universidad Nacional de Trujillo 1936-1996. 1° edición. Trujillo Perú: Publicaciones de la UNT; 1996. p.12-18.
4. Miranda H. Historia de la Facultad de Medicina Universidad Nacional de Trujillo. 1° edición. Trujillo Perú: Publicenter Editores; 2006. p. 17
5. Plasencia J, Yan E, Burgos O. La historia de la medicina en Trujillo en el siglo XIX. Revista Médica de Trujillo 2007; 6 (1): 87-100.
6. Silva Santistevan A. Historia de la medicina trujillana. 1° edición. Trujillo Perú: Industria Gráfica Crea; 2007. p. 115.
7. Cisneros L. Transformar la universidad. Disponible en <http://www.foroeducativo.org/opinionluisjaimecisneros.htm>. (Fecha de acceso 4 de febrero del 2008)

*Jefe del servicio de medicina interna del Hospital Belén de Trujillo
 Profesor de Medicina la UNT.
 E.mail: angelgav@hotmail.com